

En la provincia de Soria
habitaba una viudita
que tan solo tenía un hijo
para buscarse la vida.

Y el hijo ha salido un poco,
un poquito aficionado,
que quería ser torero
y matar a un toro bravo.

Un domingo por la tarde
a su madre le decía:
Madre, sácame la ropa
que me voy a la corrida.

La ropa no te la saco,
a la corria tú no vas,
porque hay un toro bravo
y a ti te puede matar.
Madre, sácame la ropa,
si no la pido prestá.

Permita el cielo divino
y la virgen del Rosario,
que si vas a la corria
que te traigan en el carro.

A otro día de mañana,
el torero aficionado
se ha tirado a la corrida
a matar a un toro bravo.
Y le ha dado una corná
en el izquierdo costado.
Y le ha dado una cornada
que el corazón le ha dañado.

Ya le ponen un pañuelo,
ya le ponen hasta cuatro
y otros cuatro de reserva
pa' cuando vaya en el carro.

En la puerta de la iglesia
se paran a confesarlo
y en la puerta la viudita
allí parado en el carro.

Llamaron a la viudita,
a la viudita llamaron.
Aquí tienes a tu hijo
por si quieres amortajarlo.

La maldición que le echaste
ya le ha venido a alcanzarlo.

A los tres o cuatro días
la viudita salió al campo,
berreaba y pateaba
como aquel torillo bravo,
como aquel torito bravo
que a su hijo había matado.

Madre que tengais hijo,
un consejo le voy a dar:
No le echais maldiciones
que le pueden alcanzar.